

[CONTRA SECUNDINUM MANICHAEUM.]

CARTA DE SECUNDINO MANIQUEO A AGUSTÍN. (C)

Recomienda y defiende la doctrina maniquea mientras critica la fe católica, lamentando que Agustín la ataque en sus escritos, acusándolo de haber desertado por miedo y ambición de honor, y exhortándolo a regresar a esa secta.

1. Doy gracias a la inefable y sacratísima Majestad, y a su primogénito, el rey de todas las luces, Jesucristo, doy gracias y humildemente al Espíritu Santo, por haberme dado la ocasión de saludar tu egregia Santidad, señor merecidamente laudable y único digno de veneración. No es de extrañar: son muy aptos para otorgar todos los bienes y alejar todos los males, quienes defienden tu benevolencia con sus baluartes, y te libran de ese mal, no el que no es nada, o el que nace de la facción y pasión de los mortales, sino el que está preparado para venir. ¡Ay de aquel que se ofrezca como ocasión para ello! Pues eres digno de recibir tales dones de ellos, y que se conviertan en los nutridores de tu verdad, verdaderamente la lámpara que la diestra de la verdad ha puesto en el candelabro de tu corazón, para que no se dilapide el patrimonio de tus tesoros con la llegada del ladrón: y ordenen que permanezca sin caída la casa que no has colocado sobre la arena del error, sino sobre la piedra de la ciencia: y que alejen de nosotros al feroz espíritu que infunde temor y perfidia en los hombres; para desviar las almas del estrecho camino del Salvador: cuyo ímpetu se derrama a través de esos príncipes, contra los cuales el Apóstol confiesa haber luchado en la Epístola a los Efesios. Dice que no tiene lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales (Efesios VI, 12). Y en verdad; ¿quién tiene armas, sino contra el armador, contra aquel que se mueve? Así como los cuerpos de los hombres son armas del pecado, así los preceptos saludables son armas de justicia (Romanos VI, 13). Esto lo testifica Pablo, esto mismo lo afirma Maniqueo.

2. No es, por tanto, una lucha de armas, sino de espíritus, que usan las mismas. Luchan por el bien de las almas. En medio de ellos está el alma, a la que desde el principio su naturaleza le dio la victoria. Si actúa junto con el espíritu de las virtudes, tendrá con él la vida eterna, y poseerá aquel reino al que nuestro Señor invita: pero si comienza a ser atraída por el espíritu de los vicios, y consiente, y después del consentimiento se arrepiente, tendrá la fuente de indulgencia de estas impurezas. Pues es llevada por la mezcla de la carne, no por su propia voluntad. Pero si, al conocerse a sí misma, consiente en el mal, y no se arma contra el enemigo, ha pecado por su propia voluntad. Si luego se avergüenza de haber errado, encontrará preparado al autor de las misericordias. No es castigada porque pecó, sino porque no se dolió del pecado. Pero si se va con el mismo pecado sin perdón, entonces será excluida, entonces será comparada con la virgen necia, entonces será heredera de la mano izquierda, entonces será expulsada por el Señor del banquete de bodas, por causa de sus vestiduras negras, donde habrá llanto y crujir de dientes, y irá con el diablo al fuego de su origen; que tu admirable prudencia recuerda que fue hecho de un arcángel, o confiesa que no es nada. ¿Por qué, entonces, reinarán los justos? ¿Por qué serán coronados los apóstoles y mártires? Todo por haber vencido a nada. ¡Oh, cuánto se frustra el poder del vencedor, cuando se proclama que el adversario no tiene ninguna virtud! Cambia, te lo ruego, de opinión, abandona la perfidia de la nación púnica, y convierte tu deserción a la verdad, que fue hecha por temor: no te excuses con estas mentiras.

3. Pues leí algo de mi humilde y modesto ingenio de romano, los escritos de tu reverenda Dignidad, en los cuales te enojas tanto con la verdad, como Hortensio con la filosofía. Así que, habiéndolos leído una y otra vez con ánimo suspendido y ojo ágil, encontré en todas

partes un orador supremo y casi un dios de toda la elocuencia: pero en ninguna parte encontré un cristiano: y armado, ciertamente, contra todo, pero afirmando nada: cuando debiste mostrarte más experto en ciencia, no en palabras. No puedo callar esto a tu pacientísima Santidad: me pareciste, y ciertamente es así, que nunca fuiste maniqueo, ni pudiste conocer los secretos arcanos de él, y que bajo el nombre de maniqueo persigues a Aníbal y a Mitrídates. Yo confieso que no con tal diligencia ni con tanta industria brillan los mármoles de la casa Aniciana, como tus escritos resplandecen en elocuencia. Si hubieras querido armonizar esto con la verdad, ciertamente habría sido un gran ornamento para nosotros. No vayas, te lo ruego, contra tu naturaleza, no seas la lanza del error, con la que se hiere el costado del Salvador. Pues ves que él está crucificado en todo el mundo y en toda alma, alma que nunca tuvo naturaleza de ira. Y tú, que eres de ella, deja, te lo ruego, ya las acusaciones vanas, abandona las controversias superfluas. Tanto tiempo con tu padre en medio de las tinieblas, nunca te burlaste: en medio del sol y la luna te has encontrado acusador. ¿Quién, entonces, será tu defensor ante el justo tribunal del Juez, cuando comiences a ser condenado por tu palabra y obra con tu propio testimonio? El persa a quien acusaste, no estará presente. Excepto esto, ¿quién te consolará llorando? ¿Quién salvará al púnico? ¿Acaso se ha corregido en el Evangelio que el camino espacioso no conduce a la perdición (Mateo VII, 13)? ¿O es falso en Pablo que cada uno dará cuenta de sus obras (Romanos XIV, 12)? ¡Oh, ojalá al dejar al maniqueo, hubieras buscado la Academia, o interpretado las guerras de los romanos, que superaron todo: cuán grandes, cuán ilustres habrías encontrado allí, y no, hombre casto ciertamente de toda castidad y pobreza, hubieras ido a las bárbaras gentes de los judíos: cuando a los preceptos insertas fábulas, y traes a la esposa fornicaria; y, harás hijos de fornicación; y, fornicando fornicará la tierra del Señor (Oseas I, 2); y, No lavarás las manos después del coito conyugal; y, Pon la mano sobre mi muslo (Génesis XXIV, 2, y XLVII, 29); y, Mata y come (Hechos X, 13); y, Creced y multiplicaos (Génesis I, 28). ¿Te agradaron los leones en el foso (Daniel VI, 16), porque no había jaulas? ¿Te dolió la esterilidad de Sara, cuyo marido, fingiendo ser su hermano, fue el destructor de su pudor (Génesis XII, 13, y XX, 2)? Pero tal vez después del certamen de Dares y Entelo (Virgilio, Eneida, libro 5, versos 362-484), querías esperar la lucha de Jacob (Génesis XXXII, 24, 25)? ¿O querías contemplar el número de los amorreos (Josué X, 5), o el pancarpo en el arca de Noé (Génesis VII)? Sé que siempre has odiado estas cosas, sé que siempre has amado las grandes, las que abandonan la tierra, las que buscan los cielos, las que mortifican los cuerpos, las que vivifican las almas. ¿Quién, entonces, es el que te ha cambiado de repente?

4. Aunque decir esto a tu Santidad es demasiado absurdo. Tú mismo no ignoras cuán malo es, cuán maligno, y que milita con tanta astucia contra los fieles y los hombres eminentes, que incluso obligó a Pedro a negar al Señor tres veces en una noche, y no permitió a Tomás creer en su resurrección: heridas que, sin embargo, fueron curadas con la medicina de la indulgencia. Pero cuán audazmente intentó, que al mejor sembrador de semillas, el Señor, él mezcló cizaña, y arrebató a Iscariote a tan gran pastor; y para que finalmente se llegara al suplicio de la cruz, encendió a los escribas y fariseos en su perdición, para que clamaran que se liberara a Barrabás y se crucificara a Jesús. Hemos escapado, porque seguimos al Salvador espiritual. Pues su audacia fue tal, que si nuestro Señor hubiera sido carnal, toda nuestra esperanza habría sido cortada. Y sin embargo, ni siquiera con el oprobio de la cruz pudo saciarse: más bien, enloquecido, obligó a coronarlo con espinas, a darle de beber vinagre; a herirlo con la lanza de los soldados, a blasfemarle con la boca del ladrón a su izquierda (Mateo XXVI, XXVII; Lucas XXII, XXIII, y Juan XVIII-XX). Pero después creció tanto su iniquidad, que incluso a él y a sus apóstoles, al ascender, les compuso diversas cuestiones, bajo su nombre, lo que es peor, dividiendo la dignidad del nombre católico entre todos los supersticiosos. Omíto cómo armó a cada uno de los discípulos contra los maestros, cómo

engañó a Himeneo, cómo a Alejandro (I Timoteo I, 20), lo que cometió en Antioquía, en Esmirna, en Iconio: ahora añado lo que la multitud presente actúa, de la cual la virtud está tan lejos como está cerrada al pueblo. Pues no es virtud a la que llega la multitud, y la multitud sobre todo de mujeres. Pero temo publicar sus secretos, no sea que se multipliquen los crímenes urdidos por otros. Aunque es de sabios soportar ambos, reír ambos; y esforzarse solo por aquello que concilia la bienaventuranza, que engendra vida.

5. Y sin embargo, una y otra vez suplico humildemente, ruego también y suplico, primero que te dignes conceder perdón, si alguna palabra ha tocado tu áureo pecho: lo hice con este ardor excesivo, porque no quiero que te separes de nuestro rebaño, del cual yo mismo, al desviarme, casi perecí, si no me hubiera apartado rápidamente de la naturaleza de la comunión iniqua. Luego, que te reconcilies con ella, que en ti no ha cometido falta: regreses a ella, que no te culpará por el pecado de los días. Pues no sabe perdonar solo siete veces: más bien tiene el poder de atar y desatar. No te finjas acariciar, que ya viste: no quieras aprender, que puedes enseñar. Deja la gloria de los hombres, si quieres agradar a Cristo. Renueva en nuestros tiempos a Pablo, que siendo doctor de la ley judía, habiendo recibido del Señor la gracia del apostolado, lo que consideraba ventajas, lo despreció como estiércol, para ganar a Cristo (Filipenses III, 8). Ayuda a tu alma tan luminosa: porque ignoras a qué hora vendrá el ladrón. No adornes a los muertos: porque eres el ornamento de los vivos. No seas compañero del camino ancho, porque espera al amorreo: sino apresúrate al camino estrecho, para que consigas la vida eterna. Deja, te lo ruego, de encerrar a Cristo en el vientre, no sea que tú mismo seas encerrado de nuevo en el vientre. Deja de hacer dos naturalezas una; porque se acerca el juicio del Señor. ¡Ay de los que reciben, que lo que es dulce, lo transforman en amargura!

6. Pero si dudas del principio, si vacilas sobre el inicio de la lucha, podrá con un tratado diurno y un coloquio pacífico darse razón. Sin embargo, hago saber a tu sagacísima bondad, que hay ciertas cosas que no pueden exponerse de tal manera que se entiendan: pues la razón divina excede los corazones de los mortales: como esto mismo, cómo hay dos naturalezas, o por qué luchó quien no podía sufrir; también sobre el nuevo siglo, que el mismo recuerda, que se construirá con los grandes terremotos de aquella tierra. ¿Quién admitirá entre las cosas divinas cortar, a menos que hagas una figura del intérprete al oyente, porque de este las palabras se cortan, y en aquel se componen? Y aunque el expositor haya dicho muchas cosas, que el oyente retiene para sí, sin embargo, no se han apartado del expositor: a menos que pienses de ese siglo, y lo que se dice es bastante tonto e inepto. Así también sobre la lucha, que a menos que primero supongas que Dios es todo justicia, el último crimen es invadir lo ajeno: pero cuando venga la naturaleza contraria, él ciertamente no podía sufrir, porque era presciente, habría parecido consentir en el crimen si no hubiera luchado: y por eso opuso gran virtud al que venía, para que su justicia no se contaminara con el consentimiento del sacrilegio. Pues de él se ha dicho que es justo, para que ni él peque alguna vez, ni alguna vez consienta al pecador. También que Dios en su reino era poderoso en naturaleza, como omnipotente y juez. Estas cosas se han dicho así, no porque él se haya hecho, sino porque yo no pude alcanzarlo: aún no satisfacen a la perfidia, ni el sol ha salido para los ciegos, ni la voz ha sido oída por los sordos, ni se han preparado banquetes para los muertos. Pero que los lugares no pueden asignarse a las naturalezas, esto es lo que la condición humana llama inenarrable e inefable. Sin embargo, el Salvador, para quien todo es fácil, llama a estos dos derecha e izquierda, dentro y fuera, Venid y Apartaos (Mateo XXV). Pero tú lo haces al revés y pones el pie, como es, Orbe, vida, salvación, luz, ley, orden, poder: si dices vocal y muda, llamas larga a la breve, que estas cosas no suenan a la naturaleza, dos ciertamente significan, y separadas entre sí.

7. Pero cuando tales cosas se exponen por mí a tu admirable y sublime prudencia, es como si el Jordán prestara agua al Océano, o una lámpara luz al sol, o el pueblo santidad al obispo. Por lo cual es necesario soportar lo que contiene esta carta. Pues yo, si no conociera tu divina paciencia, que fácilmente perdona a cualquiera, nunca habría escrito así: aunque ves que he tocado sumariamente sublimes pensamientos, y he tenido mucho cuidado de no parecerme extenso. Por lo tanto, que estas cosas encuentren fe ante tu Santidad, y cómo nos salvamos; de lo contrario, podrás generar miles de volúmenes de ello, señor merecidamente laudable y único digno de veneración. Adiós.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA CONTRA SECUNDINO MANIQUEO Un libro. (C)

Agustín explica por qué dejó la secta maniquea y refuta sus argumentos basándose en la carta de Secundino.

CAPÍTULO PRIMERO.

Tu benevolencia hacia mí, que aparece en tus cartas, me es grata: pero tanto como debería ser amado por mí quien me ama, así de triste estoy porque te has aferrado tenazmente a falsas sospechas, en parte contra mí, en parte contra la misma verdad que no puede cambiar. Pero lo que piensas falsamente de mi ánimo, lo desprecio fácilmente: pues piensas de mí lo que, aunque no lo reconozco en mí, puede suceder en un hombre. Por tanto, aunque te equivoques conmigo, no te equivocas de tal manera que tu opinión me excluya del número de los hombres: porque crees de mí lo que puede suceder en un ánimo humano, aunque no haya sucedido en el mío. No es necesario, por tanto, que me esfuerce mucho en quitarte esta sospecha. Pues tu esperanza no depende de mí, ni podrás ser bueno a menos que yo lo sea. Piensa de Agustín lo que quieras: solo que mi conciencia no me acuse ante los ojos de Dios. Pues lo que dice el Apóstol, Para mí es muy poco ser juzgado por vosotros, o por juicio humano (1 Corintios IV, 3). Yo, sin embargo, no te devolveré el favor, atreviéndome a pensar algo malo de tu mente, que no puedo ver. Ni digo que quisieras lacerarme con engaño: sino que pienso de ti tanto como indicas con tus palabras. Por lo cual, aunque hayas sospechado mal de mí, que por temor carnal a algún inconveniente que podría haberme sucedido de vuestra sociedad, dejé la herejía de los maniqueos, o por la ambición del honor que he alcanzado en la Católica: sin embargo, no pensando mal de ti a cambio, creo que es una sospecha benevolente; y pienso que escribiste esto no con el propósito de acusar, sino de corregir. Pero si me concedieras la benevolencia de creer, ya que acusas las profundidades de mi ánimo, que ciertamente no puedo sacar a la luz y mostrar a tus ojos, cambiarías fácilmente de opinión sobre él, y no querrías afirmar temerariamente lo que no sabes.

CAPÍTULO II.

Porque confieso que, por temor, abandoné a los maniqueos, pero por temor a aquellas palabras que fueron pronunciadas por el apóstol Pablo: "El Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus engañosos y doctrinas de demonios, en la hipocresía de mentirosos, teniendo cauterizada su conciencia, prohibiendo casarse, absteniéndose de alimentos que Dios creó para ser recibidos con acción de gracias por los fieles y por aquellos que han conocido la verdad. Porque toda criatura de Dios es buena, y nada es de desecharse si se toma con acción de gracias" (I Tim. IV, 1-4). Con estas palabras, aunque tal vez describió a otros herejes, describió de manera breve y clara principalmente a los maniqueos. Por este temor, cuando en mi infancia tenía entendimiento, me aparté de esa sociedad: también confieso que me movió el amor al honor

para dejarla; pero de ese honor del que el mismo apóstol dice: "Gloria, honor y paz a todo el que obra el bien" (Rom. II, 10). ¿Quién intentará obrar el bien, si cree que el mal no está en la voluntad mutable, sino en la naturaleza inmutable? Por eso el mismo Señor, a aquellos que pensaban que hablaban bien siendo malos, les dice: "O haced el árbol bueno y su fruto bueno, o haced el árbol malo y su fruto malo" (Mat. XII, 33). A los malos ya transformados en buenos, el Apóstol dice: "Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" (Efes. V, 8). Pero si no quieres creerme sobre mi ánimo, piensa lo que quieras; solo cuida lo que piensas sobre la misma verdad. No te sobrevendrá ninguna tentación que no sea humana (I Cor. X, 13). Es un error humano creer que algo ocurrió en mi ánimo solo porque pudo haber ocurrido, incluso si no ocurrió: pero cuando piensas que la sacrílega y no solo falsísima, sino también engañosísima fábula persa, no sobre cualquier hombre, sino sobre el sumo Dios, está tejida y fabricada con las más contaminadas mentiras, no es algo que deba pasarse por alto, ni debe despreciarse una muerte del alma tan grande. Hay algo que se puede discutir contigo: porque no puedo decir más sobre mi ánimo, sino que creas en mí, y si no quieres, no sé qué hacer: pero cuando piensas algo falso sobre la misma luz de las almas, que las mentes racionales contemplan tanto más tranquilamente cuanto más puras son, si escuchas pacientemente, se te puede demostrar cuán alejado de la verdad está lo que sientes. Pues así como no puedo sentir el sentido de tu ojo, ni tú el mío, solo podemos creer o no creer en esto; pero aquella apariencia que está sujeta a la vista de ambos, podemos mostrárnosla mutuamente: así, sobre las afecciones de nuestras almas que tenemos como propias, creamos en nosotros, si te place; si no te place, no creamos: pero la razón de la verdad, que no es ni mía ni tuya, sino propuesta para la contemplación de ambos, contemplemos juntos con las mentes serenas, sin la oscuridad de la obstinación.

CAPÍTULO III.

No te presentaré otros documentos que muestren el error de los maniqueos, sino los de tu propia carta. Escribes que tienes y das gracias a la inefable y sacratísima Majestad, y a su primogénito, el rey de todas las luces, Jesucristo. Dime, ¿de qué luces es rey Jesucristo? ¿De las que creó o de las que engendró? Nosotros decimos que Dios Padre engendró al Hijo igual a sí mismo, pero creó por medio de él, es decir, formó y fabricó una criatura inferior, que ciertamente no es lo que es aquel que la hizo y por quien la hizo. Así, puesto que por él hizo los siglos, correctamente fue llamado por el Apóstol Rey de los siglos (I Tim. I, 17), como superior a los inferiores, y capaz de gobernar, gobernando lo que necesita ser gobernado. Pero tú, cuando llamas a Jesús Cristo rey de las luces; si las engendró, ¿por qué no son iguales al que las engendró? Y si dices que son iguales, ¿cómo es su rey, cuando es necesario que un rey gobierne, y de ninguna manera puede ser que lo que es gobernado sea igual a aquel que lo gobierna? Y si no las engendró, sino que hizo estas luces, pregunto de dónde las hizo. Si las propagó de sí mismo, ¿por qué entonces son inferiores? ¿Por qué degeneraron? Y si no de sí mismo, dime de dónde. ¿O acaso ni las hizo ni las engendró, sino que reina sobre ellas? Entonces tienen su propio origen y naturaleza, pero ciertamente más débil, para que por un vecino más poderoso se dejen gobernar o deseen serlo. ¿No reconoces, si es así, que, exceptuando la raza de las tinieblas, ya hay dos naturalezas, una necesitando la ayuda de la otra, pero ninguna dependiendo del principio de la otra? Esta opinión ciertamente repudiarás, porque es muy contraria al maniqueo, que no intenta persuadir dos naturalezas, el rey de las luces y las luces que son gobernadas, sino dos naturalezas, el reino de las luces y el reino de las tinieblas. Por lo tanto, te refugiarás en decir que estas luces son engendradas: donde, cuando pregunte por qué son más débiles, tal vez intentes afirmar que son iguales. Pero cuando replique, ¿cuál es la razón para que sean gobernadas? negarás que son gobernadas. Entonces responderé, ¿por qué tienen un rey? Donde no veo qué queda para tu ingenio, sino

que te arrepientas de haber puesto tal puerta en tu carta, por la cual tú mismo no puedes salir. Pero incluso cuando te arrepientas, y digas que no se debe considerar vencido al maniqueo porque tú pusiste algo imprudentemente en tus letras; citaré innumerables lugares de los libros de Maniqueo, donde se llama al Reino de la Luz, que naturalmente se opone al reino de las tinieblas; no reino, sino reinos: ya que en la misma carta del ruinoso Fundamento, cuando hablaba del Dios Padre, dice: "En ninguno de sus reinos hay alguien necesitado o débil". Pero donde hay reinos, ¿quién es tan ciego que no entienda que los reyes no pueden ser iguales a aquellos sobre los que reinan? ¿Qué hay, entonces, tan cercano, si quieres advertirlo, y tan conveniente para la honestidad de tu corazón, como que no te arrepientas de haber puesto eso en la carta? Porque verdaderamente Jesús Cristo es el rey de las luces, de ninguna manera iguales a él, sino sujetas, y su rector bienaventurado. Más bien, arrepiéntete de haber sido maniqueo, cuyas engañosas maquinaciones la veraz frente de tu carta ha derribado de un solo golpe. Porque Cristo es el rey de las luces, y no engendró de sí mismo inferiores a los que sería rey; ni asumió vecinos a los que reinaría, que ni engendró ni hizo, para que no haya dos géneros de bien, de los cuales ninguno sea del otro; pero tampoco uno necesitando del otro, lo cual está alejado del camino de la verdad: queda, entonces, que esas luces sobre las que reina, que ciertamente son buenas, porque son inferiores, no las engendró; porque son propias, no las usurpó; sino que Dios las hizo y las creó.

CAPÍTULO IV.

Si quisieras preguntar de dónde las hizo, y comenzaras a imaginar la ayuda de una materia que él no hizo, para que no parezca que el omnipotente hace lo que quiere, a menos que alguna cosa que no hizo lo ayude, nuevamente sufrirás las inexplicables oscuridades del error. Pero las palabras proféticas, con una sobria captación de la inteligencia, uniendo aptamente a la majestad sublime e inefable, "Él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas" (Sal. CXLVIII, 5): así verás cómo se dice en la fe católica, que Dios hizo de la nada todas las cosas muy buenas (Gen. I, 31). Porque si las hizo de algo, ciertamente o de sí mismo, o no de sí mismo: pero si de sí mismo; entonces no las hizo, sino que las engendró: ¿por qué, entonces, engendró inferiores? Pues si no fueran inferiores, no podría ser su rey. Si no de sí mismo; ciertamente no de algo que él no hizo: de lo contrario, las hizo de algo ajeno, y ya había un bien que él no había hecho, del cual establecería su reino. Pero si es así, comienza a no ser el creador de las buenas obras; porque había un bien que él no había creado: pues no haría de un mal ajeno las luces sobre las que reinaría. Por lo tanto, queda que si las hizo de alguna cosa, las hizo de aquello que él ya había hecho.

CAPÍTULO V.

Así se hace que confesemos que Dios hizo las primeras orígenes de las cosas a ser creadas de la nada: a menos que tal vez hayas dicho que el primogénito de la inefable y sacratísima majestad es Jesucristo, no según la ascensión del hombre, en la que por adopción llamados, como dice el Apóstol, y como la fe católica cree, se dignó tener hermanos a quienes sería primogénito (Rom. VIII, 29); sino más bien según la misma excelencia de la divinidad quieres que se entienda que es primogénito, para que esas luces en las que reina sean sus hermanos; no hechas por el Padre a través de él, sino engendradas por el Padre después de él; para que ellos sean los nacidos después, él el primogénito, todos sin embargo de la misma sustancia del Padre. Si crees así, primero contradices al Evangelio, donde también se le llama unigénito: "Y vimos su gloria como la del unigénito del Padre" (Juan I, 14): cuando de ninguna manera se diría verdad, si también su eterna virtud y divinidad, por la cual es consustancial al Padre y es antes de toda criatura, tuviera hermanos de la misma sustancia. Por lo tanto, cuando las escrituras divinas lo atestiguan tanto unigénito como primogénito;

unigénito, porque sin hermanos; primogénito, porque con hermanos: no encontrarás cómo entender ambos de él según la misma naturaleza de la divinidad. La fe católica que distingue entre el Creador y la criatura, no sufre ninguna dificultad de entendimiento en estos dos nombres, aceptándolo como unigénito según lo que está escrito, "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I, 14, 1): pero primogénito de toda criatura, según lo que dice el Apóstol, "Para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" (Col. I, 18); a quienes el Padre generó para la sociedad fraterna, no por igualdad de sustancia, sino por adopción de gracia. Lee, entonces, las Escrituras, nunca encontrarás que se diga de Cristo que es Hijo de Dios por adopción. Pero de nosotros se lee muy a menudo: "Recibisteis el espíritu de adopción de hijos; esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (Rom. VIII, 15, 23); "Para que recibamos la adopción de hijos" (Gal. IV, 4); "Nos predestinó para adopción de hijos" (Efes. I, 5); "Gente santa, pueblo en adopción" (I Ped. II, 9); "Os llamó por nuestro Evangelio para la adopción de la gloria de nuestro Señor Jesucristo" (II Tes. II, 12, 13); y si tales cosas ocurren al recordar o leer. Pues es una cosa ser el único Hijo de Dios por la excelencia del Padre, otra cosa es recibir por la misericordiosa gracia el poder de convertirse en hijos de Dios creyendo en él. "Les dio el poder de convertirse en hijos de Dios". Por lo tanto, no eran por naturaleza, cuando recibieron el poder de convertirse creyendo en aquel a quien no escatimó, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32); para que ante él unigénito, para nosotros lo hiciera primogénito. Por lo tanto, de lo que es unigénito, no de carne, no de sangre, no de voluntad de hombre, ni de voluntad de carne, sino nacido de Dios: de lo que es primogénito en la Iglesia hecho hermanos, "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan I. 12, 14). También nosotros, en cuanto naturalmente éramos hijos de ira (Efes. II, 3), es decir, hijos de venganza, atados por el vínculo de la mortalidad, aunque él nos creó y formó, quien sin duda desde lo más alto hasta lo más bajo, dispone y forma todo en medida, número y peso (Sab. XI, 21), sin embargo, nacimos de carne y sangre y de voluntad de carne: en cuanto recibimos el poder de convertirnos en hijos de Dios, ni nosotros de carne y sangre, ni de voluntad de hombre, ni de voluntad de carne, sino de Dios, no igualando la naturaleza, sino naciendo por adopción de gracia.

CAPÍTULO VI.

Luego, si ya concediera que Jesús Cristo no es el único del Padre, según la divinidad de la misma sustancia, sino que tiene hermanos nacidos después de él a quienes es primogénito, ¿cómo podría ser su rey? Te pregunto, ¿te atreverías a decir que es más fuerte por haber nacido antes? Ciertamente te avergonzaría pensar así. Pero no piensas así: ¿qué piensas entonces? Suaviza tu ánimo, y hazte accesible para considerar la verdad sin obstinación. También te preguntaré esto, ¿cómo entiendes que Jesús Cristo es primogénito en esa divina y óptima sustancia eterna: si es primero engendrado en el tiempo, para que entendamos que los nacidos después en ese reino son aquellos a quienes es primogénito; y no podamos decir cuántas horas o días, meses o años es mayor, quien nació antes; pero sin embargo pensemos que estas generaciones están separadas por algún intervalo y espacio temporal: o si no en el tiempo, sino en la misma excelencia de una majestad más sublime, por la cual también mereció ser rey de los hermanos luces, lo aceptamos como primogénito, como engendrado en algún principado. Si respondes que es anterior y mayor a los hermanos en el tiempo, para que ya por esto se le confiera el reino sobre los hermanos, porque los precedió al nacer, y alguna vez él fue cuando ellos aún no eran; ¿qué dices, hermano? ¿Te precipitarás así en este abismo de impiedad, para pensar que en esa naturaleza divina y suprema cabe la mutabilidad del tiempo, y creer que allí existe algo que antes no existía? ¿O porque era necesario que de allí salieran luces contra la raza de las tinieblas, llamas generaciones a esos mismos progresos,

que crees que se hicieron temporalmente, para que se luchara temporalmente? Entonces, ¿no podría una sola luz ser suficiente, que toda esa empresa bélica se llevara a cabo con divina virtud? O si se necesitaban muchas, ¿es esto lo que se debe pensar en lo espiritual, que consideremos que el acceso fue estrecho, por lo que no pudieron salir todas a la vez, para que por el hecho de que uno de los hermanos saliera primero, mereciera ser llamado primogénito y convertirse en rey de los demás? No quiero seguir cada detalle minuciosamente, para no ser demasiado pesado para tu ingenio, capaz de ver todo desde pocas cosas. Por lo tanto, levanta la mirada de tu mente, despeja las nubes de la contienda. Veo, de hecho, que ni según lugares, ni según tiempos, movimientos, progresos, nacimientos, puestas, ni ninguna conversión puede ocurrir, sino en una criatura mutable: que sin embargo, si no fuera del artífice y creador Dios, el Apóstol no habría dicho, "Y adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, quien es bendito por los siglos" (Rom. I, 25).

CAPÍTULO VII.

En esta sentencia, sobre todo, hay dos cosas necesarias que te pido que contemples conmigo: una, que si la criatura fuera ajena a Dios, no se diría por el Apóstol que Dios es su creador: la otra, que si el Creador y la criatura fueran de una misma sustancia, no se reprocharía que sirvieron a la criatura antes que al Creador; porque a quienquiera que sirvieran, no se apartarían de la misma naturaleza y sustancia. Pues así como nadie puede servir al Hijo sin servir también al Padre, porque de ambos es una sustancia: así nadie puede servir a la criatura sin servir al Creador, si fuera de una misma sustancia. Por lo tanto, si ya distingues y entiendes, prestarías mucha atención a la diferencia entre el Creador y la criatura: y debes entender que la prole del Creador no es criatura: pues si lo fuera, no sería inferior, sino igual y de la misma sustancia; y por lo tanto, quienquiera que la adorara y sirviera, al mismo tiempo también rendiría culto y servicio a su Creador y Padre. Pero como son reprendidos por el Apóstol, y considerados detestables quienes adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, se muestra suficientemente que sus sustancias son diferentes. Pues así como no se puede ver, es decir, entender al Hijo, sin que en él se entienda también al Padre; él mismo dice, "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan XIV, 9): así no se puede adorar al Hijo, sin que en él se adore también al Padre. Y por eso, si el Hijo fuera criatura, no se adoraría sin el Creador, ni se condenarían quienes adoraron a la criatura antes que al Creador. Por lo tanto, ya percibes, como creo, que no te conviene decir que el primogénito de la secretísima e inefable majestad, y rey de todas las luces, Jesucristo, a menos que dejes de ser maniqueo, para que distingas la criatura del Creador; para que Jesucristo sea tanto unigénito según lo que es el Verbo de Dios, Dios con Dios (Juan I, 1) igualmente inmutable e igualmente eterno, no considerando el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse (Filip. II, 6); y primogénito de toda criatura, según lo que en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles. Reconoces, como creo, las palabras del Apóstol a los Colosenses (Col. I, 15, 16).

CAPÍTULO VIII.

Por tanto, cuando te pregunto de dónde proviene toda la creación, aunque en su género es buena, es inferior al Creador, y siendo mutable mientras Él permanece inmutable, no encontrarás qué responder, a menos que admitas que fue hecha de la nada. Y por eso puede tender a la nada cuando peca esa criatura, y la parte que puede pecar, no para ser nada, sino para ser menos vigorosa y menos firme. Pues ser menos vigorosa y menos valiosa, si lo llevas al extremo, queda en nada. Por lo tanto, ama voluntariamente la vanidad, cuando, abandonando la solidez de la verdad, sigue lo opinable, es decir, lo mutable. Pero cuando

paga las penas merecidas por ello, se somete no voluntariamente a la vanidad, como está sometida en el hombre pecador. De ahí que el Apóstol diga: "Toda criatura está sujeta a la vanidad, no voluntariamente" (Rom. VIII, 20), porque también en el hombre está toda. En el hombre hay algo invisible según el alma, y visible según el cuerpo: pero toda criatura es en parte visible, en parte invisible: sin embargo, no toda en el animal, al que no le pertenece el intelecto. En verdad, dice que está sujeta a la esperanza, por la misericordia del que libera mediante el perdón de los pecados y la adopción de la gracia. Pero si no quisieras admitir que el Padre, por el Hijo, en la bondad del Espíritu Santo, que es una Trinidad consustancial, eterna e inmutable, siempre permanece, creó la criatura de la nada, buena, pero inferior al Creador y mutable; te verás obligado a decir sacrilegios, como que Dios engendró de sí mismo algo que no es igual al que engendra, y que puede estar sujeto a la vanidad. O si dijeras que es igual, ambos serían mutables. ¿Qué mayor impiedad que creer y decir esto, y preferir la opinión perversa de que Dios se cambia a sí mismo para peor, que corregir la razón para mejorarse? Pero si temes decir que Dios es mutable, porque realmente es una gran y evidente impiedad; también dirás que la criatura es inmutable, para hacerla igual al Creador, y de una misma sustancia: tu carta te responderá de nuevo. ¿De dónde proviene esa alma que pones en medio de los espíritus, a la que desde el principio dices que le dio la victoria su naturaleza; y le propones la ley y la condición de que si actúa con el espíritu de las virtudes, tendrá vida eterna con él, y poseerá el reino al que nuestro Señor invita; pero si comienza a ser arrastrada por el espíritu de los vicios, y después de consentir se arrepiente, tendrá la fuente de indulgencia para esas impurezas? Con estas palabras reconocidas de tu carta, también reconoces que has establecido la naturaleza del alma como mutable. Pues a veces consentir al espíritu de los vicios, y luego arrepentirse, ¿qué es sino cambiarse ahora para mejor, ahora para peor? Y esta verdad manifiesta te ha obligado a decirlo. Pues tu propia alma, si quisieras disimular, te urgiría a atender a su mutabilidad, y tantas veces desde que naciste, cambiada por diversas voluntades, doctrinas, olvidos y consentimientos, sería testigo de sí misma, y no buscaría pruebas externas.

CAPÍTULO IX.

A menos que pienses que te ayuda decir que el alma es inmutable, porque añadiste diciendo: "No pecó por su propia voluntad, sino por la guía de otro; pues es llevada por la mezcla de la carne, no por su propia voluntad". En esta sentencia quizás quieres que se entienda que el alma en su propia naturaleza es inmutable, pero en la mezcla con otra naturaleza es mutable: como si se preguntara por qué es así, y no porque es así. De este modo, también se diría que los cuerpos de Héctor y Áyax, o más bien de todos los hombres y animales, son invulnerables, si no hubiera golpe o caída que pudiera herirlos. Pero ciertamente, por eso se dijo que el cuerpo de Aquiles, ya sea por ficción poética o por alguna fuerza más oculta de las cosas, era invulnerable, porque incluso cuando las armas lo atacaban, no lo penetraban: y por la parte que podía ser penetrada, ciertamente no era invulnerable. Así, si el alma fuera inmutable, no se cambiaría por la mezcla de ninguna cosa, como un cuerpo que es invulnerable no se hiera por el contacto o el impacto de ninguna cosa. Por lo tanto, nosotros, porque decimos que el Verbo de Dios es incontaminable, incluso asumiendo carne mortal y vulnerable, para enseñarnos a despreciar la muerte y cualquier incomodidad del cuerpo, no tememos creer que nació de una virgen: pero vosotros, porque con impía perversidad creéis que el Hijo de Dios es contaminable, teméis permitirle la carne; sin embargo, afirmando que su sustancia es la naturaleza del alma, así lo aseguraréis mezclado con la carne, que no dudáis en opinar que también se ha cambiado para peor. Elige, pues, lo que quieras: si decir o creer que Dios es mutable, para que creas igualmente que de la sustancia de un Padre mutable ha sido engendrada una prole mutable; lo cual, cuán grande impiedad es, ciertamente lo sientes:

o decir que Dios es inmutable, pero que de su sustancia ha engendrado una prole mutable; lo cual ves igualmente cuán impiamente y absurdamente se dice: o bien confiesas que Dios es inmutable, de modo que también lo que ha engendrado de su sustancia no se cambia igualmente, y es el bien supremo y excelentísimo, y lo mismo permanece en el modo de ser supremo con permanencia inviolable; pero los demás bienes inferiores, que llamamos criatura, no de él, pues serían iguales; pero porque son buenos, él; porque no son iguales, los hizo de la nada: lo cual si crees, no serás impío, olvidarás a los persas, y serás nuestro.

CAPÍTULO X.

Pero el Apóstol dice: "No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades" (Efes. VI, 12), que, por amor a su propio orgullo y honor, desviándose con voluntad impía, envidian el regreso a las almas piadosas. Pero hay una diferencia entre vuestra opinión y nuestra fe, porque vosotros pensáis que esos mismos príncipes surgieron de una cierta naturaleza propia, que Dios ni engendró ni hizo, sino que la tuvo contigua por eterna vecindad, y que guerrearon contra Dios, llevándole antes de la mezcla del bien y el mal. Un gran mal de necesidad al principio, que se vieron obligados a mezclar su sustancia para ser afligida, perturbada, cambiada en error y sumergida en el olvido de sí misma, para necesitar un libertador, corrector, emendador, preceptor. Lo cual ves cuán neciamente y fabulosamente se dice, y con cuánta maldad de impiedad se ata. Pero a nosotros, por la fe cristiana, se nos ha persuadido que no hay nada contrario a Dios que es sumamente, sino lo que no es en absoluto: pero todo lo que de alguna manera es, tiene de aquel que es sumamente para ser de alguna manera, y es bueno en su género; pero unas cosas son más, otras menos: y así todos los bienes que fueron hechos por el Creador Dios, ordenados en grados ciertos y distribuidos, en parte por intervalos y sedes de lugares, como todas las cosas corporales; en parte por méritos naturales, como el alma se prefiere al cuerpo; en parte por méritos de premios y castigos, como el alma se eleva a la paz, o se somete a dolores. Y por tanto, esos príncipes, contra los que el Apóstol dice que tenemos lucha, sufren primero el castigo de sus pecados para que puedan dañar. Ningún envidioso, para dañar a otro, no es primero un tormento para sí mismo. Pero dañan a los más débiles los más fuertes: pues nadie supera a otro, a menos que sea más poderoso: pero sin embargo, esos príncipes inicuos son más débiles en el presente que si permanecieran en su estado original y justicia. Pero hay una diferencia de dónde uno es más fuerte que otro; si por el cuerpo, como los caballos a los hombres; o por la naturaleza del alma, como lo racional a lo irracional; o por la disposición del alma, como el virtuoso al injusto; o por el orden del poder, como el emperador al soldado o al provincial. Pero se cree que el poder se da en absoluto por el poder supremo de Dios; a menudo incluso a los peores sobre los mejores, es decir, a los inicuos sobre aquellos que ya tienen justicia, o se esfuerzan por alcanzarla: pues se da para que los probados se manifiesten por la paciencia, ya sea para su esperanza, o para la imitación de otros. "Sabiendo", dice el Apóstol, "que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza" (Rom. V, 3, 4). De este tipo de lucha es cuando un hombre fiel lucha contra los príncipes y potestades de los ángeles transgresores, y contra las maldades espirituales; cuando ellos reciben el poder de tentar, él los preceptos de soportar: de modo que en la cosa inferior superan, en la más poderosa son superados: a menudo superan el cuerpo más débil, y son superados por la mente más fuerte. Contra su fuerza se lucha con paciencia, contra sus insidias con prudencia; para que no nos dobleguen a una perniciosa concesión ni por la fuerza ni por el engaño. Porque verdaderamente la virtud y la sabiduría de Dios es, por la cual todas las cosas fueron hechas; por eso en las cosas que fueron hechas, cuando las superiores declinan hacia las inferiores, donde está todo pecado y todo lo que se llama mal, la fuerza imita a la virtud, y el engaño a la sabiduría: pero cuando las que declinaron regresan y

vuelven, la magnanimidad imita a la virtud, la doctrina a la sabiduría. Incluso a Dios Padre los pecadores lo imitan con impía soberbia, los justos con piadosa liberalidad. Finalmente, el Espíritu Santo lo imita la codicia de los inicuos, la caridad de los rectos: pero ambos se apartan de la imitación de Dios, de quien y por quien y en quien las mismas naturalezas fueron hechas, pero aquellos de manera viciosa, estos de manera laudable. Y no es de extrañar si cuando los que progresan y los que decaen luchan, la imitación de los que decaen es superada por la imitación de los que progresan: pues aquellos caen por la soberbia, estos se levantan por la humildad.

Pero si te preocupa por qué los más fuertes en mente son más débiles en cuerpo; no es de extrañar, para que, liberados por el perdón de los pecados, sean ejercitados por la mortalidad del cuerpo, cuya inmortalidad será coronada. Pues no se evita fácilmente el castigo, a menos que el que es liberado por él lo haya vencido con méritos. De donde el Apóstol: "Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justicia. Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros; el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Rom. VIII, 10, 11). Por lo tanto, el alma llevando la carne mortal por el castigo del pecado, si cambiada para mejor, no vive según la carne mortal; también la cambia para mejor, y merecerá tener un cuerpo inmortal: pero esto al final, cuando el último enemigo, la muerte, sea destruido, cuando esto corruptible se vista de incorrupción: no en esa esfera fabulosa vuestra; sino en esa transformación de la que dice: "Todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados. Porque cuando expresó diciendo: 'Y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados'; entonces añadió conectando, mostrando qué tipo de transformación decía, y dijo: 'Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad'. Pues trataba la cuestión del cuerpo de los resucitados, que así había planteado: 'Pero dirá alguno, ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?' (I Cor. XV, 26, 51, 52, 53, 35). Lee, pues, todo ese lugar con piadosa atención, no turbado por contención obstinada, y con la ayuda de Dios en tu ingenio, sin necesitar ningún explicador, no encontrarás otra cosa que lo que digo: y entonces vuelve tu mente a lo que habíamos comenzado a tratar, y ve ya, si puedes, que no digo que los justos luchan contra la nada, sino contra esas sustancias que han decaído al no permanecer en la verdad.

CAPÍTULO XI.

Decaer, sin embargo, no es ya nada, sino tender a la nada. Pues cuando las cosas que son más, declinan hacia las que son menos, no aquellas a las que declinan, sino aquellas que declinan decaen, y comienzan a ser menos de lo que eran: no para ser aquellas a las que declinaron, sino menos en su género. Pues cuando el alma declina hacia el cuerpo, no se convierte en cuerpo; pero sin embargo, con un apetito defectivo de algún modo se corporiza: así también cierta sublimidad angélica, cuando se deleitó más en su dominio sobre sí misma, inclinó su afecto hacia lo que es menos, y comenzó a ser menos de lo que era, y por su grado tendió hacia la nada. Pues cuanto menos es una cosa, tanto más cercana está a la nada. Pero cuando estos defectos ocurren voluntariamente, se reprenden con razón, y se llaman pecados. Pero cuando siguen a estas deficiencias voluntarias incomodidades, molestias, dolores, adversidades, que todas sufrimos contra nuestra voluntad: con razón, ciertamente, los pecados se castigan con penas o se purifican con ejercicios. Si quisieras contemplar estas cosas con ánimo sereno, ciertamente dejarías de acusar las naturalezas, y de llamar a las mismas sustancias al crimen. Pero si deseas algo más copioso y explicado sobre este asunto, lee

nuestros tres libros titulados "Sobre el Libre Albedrío", que podrás encontrar en Campania, en Nola, con Paulino, noble siervo de Dios.

CAPÍTULO XII.

Ahora bien, debo recordar que, aunque mucho más larga, debo responder a tu carta con una carta. Por eso no he callado en otras cosas, para no verme obligado a decir lo mismo en todas partes. Pero había prometido persuadirte desde tus propias letras, cuán falsas has creído, y cuán verdadera es la afirmación de la fe católica. Ciertamente, toda nuestra diferencia es que vosotros decís que una cierta sustancia es el mal: nosotros, en cambio, decimos que no es la sustancia, sino la inclinación de lo que es más a lo que es menos, lo que es el mal. Escucha, pues, eso mismo. Pues pones en la carta, y dices del alma, que es llevada al pecado por la mezcla de la carne, no por su propia voluntad: y allí mismo, creo que cuando viste, si es así, que toda alma debe ser socorrida por el Dios omnipotente, y que ninguna debe ser condenada, ya que no pecaría por voluntad, lo cual establecido destruiría la sentencia que Maniqueo terriblemente proclama sobre los castigos de las almas incluso de la parte de la luz; muy vigilante añadiste diciendo: "Pero si, cuando se conoce a sí misma, consiente al mal, y no se arma contra el enemigo, pecó por su propia voluntad". Bien que alguna vez confiesas que puede suceder que el alma peque por su propia voluntad: pero ¿a qué mal, entonces, si consiente, peca por su propia voluntad? Ciertamente a ese que dices que es sustancia.

CAPÍTULO XIII.

Pero yo ya veo tres cosas: tú también, supongo, las ves conmigo. Pues el alma que consiente al mal, y el mismo mal al que se consiente son dos, pero la misma es la tercera, la misma es la consentida: no dices que esta es el alma, sino del alma. De estas tres cosas, he aquí que el alma es sustancia; también ese mal, al que el alma consiente voluntariamente pecando, según vuestra opinión es sustancia: por lo tanto, pregunto qué es el mismo consentimiento, si decís que es sustancia, o que está en la sustancia. Pues si dices que es sustancia, ya no opinarás que hay dos sustancias, sino tres. ¿O por eso dos, porque el consentimiento del alma, por el cual consiente al mal, es de la misma sustancia que el alma misma? Ya pregunto, ¿es bueno o malo este consentimiento? Si es bueno, ciertamente el alma no peca cuando consiente al mal. Pero no solo la verdad clama, sino que tú también escribes, que entonces peca por voluntad. Por lo tanto, este consentimiento es malo, y por lo tanto también la sustancia del alma; si es de la sustancia del alma, y ambas son una sustancia. ¿Ves a qué te has visto obligado; que el alma y ese mal, ya no son una sustancia buena, otra mala, sino dos malas? Aquí quizás intentarás no atribuir el consentimiento culpable al alma que consiente al mal, sino al mismo mal al que consiente; para que de este modo puedan ser dos sustancias, una buena, otra mala: cuando se dice que el alma es de la parte del bien; pero el consentimiento de ella por el cual consiente al mal, y el mismo mal al que consiente, se constituyen juntos de otra parte, y el alma se atribuye a la sustancia mala. ¿Quién ha delirado más absurdamente? Pues el alma no consiente, si no es su consentimiento: pero ella misma consiente; por lo tanto, es suyo. Además, si es suyo el consentimiento, y este consentimiento es malo; este mal es suyo. Pues si este mal es de aquel mal al que el alma consiente, no tenía necesidad de este mal antes de que el alma le consintiera. ¿Qué tipo de bien es el alma, cuya llegada o duplica aquel mal, o para decirlo más suavemente, lo aumenta?

CAPÍTULO XIV.

De inmediato, si esta es una sustancia de consenso, que se sabe que es mala, encontramos que está en el poder del alma que alguna sustancia mala exista o no: ya que este consenso está en el poder del alma. Pues si no lo está, entonces no consiente por su propia voluntad. Sin embargo, tú dijiste que el alma peca por su propia voluntad al consentir. Por lo tanto, el alma tiene, como dije, en su poder que alguna sustancia mala exista o no. Pero, ¿qué es una sustancia sino una naturaleza? Entonces habrá una naturaleza que no es natural para el alma, ya que si no quiere, no existirá; ni para ese mal al que el alma consiente voluntariamente: pues no puedes decir que el mal natural es de la raza de las tinieblas, que allí se establece por voluntad ajena, es decir, por la voluntad del alma. ¿A qué naturaleza, entonces, se atribuirá esta naturaleza, es decir, este consenso, si es una naturaleza que no es natural ni para el alma ni para la raza de las tinieblas, a menos que, en contra del maniqueísmo, disputes que no hay dos, sino tres naturalezas? Porque incluso si alguna vez hubo dos, ahora, después de que surgió este consenso, ciertamente se han convertido en tres. Esta tercera, que nació del alma que consiente y del mal al que consiente, te ves obligado a llamarla hija de ambos: pero dado que nació de dos naturalezas, una buena y otra mala, pregunto por qué no nació algo neutral. Así como de un caballo y un asno lo que nace no es ni caballo ni asno; así lo que nace de una naturaleza buena y una mala, si también es naturaleza, no debería ser ni buena ni mala. Sin embargo, confiesas que el consenso es malo: dices que el alma peca por su propia voluntad cuando consiente al mal. ¿O acaso consideras que la naturaleza buena y la naturaleza mala son como dos sexos, masculino y femenino; de modo que así como de un macho y una hembra no nace algo neutral, sino un macho o una hembra, así de lo bueno y lo malo no nace un tercero, que no sería ni bueno ni malo, sino que insistes en que nace algo malo? Si es así, ¿dónde está esa naturaleza victoriosa del alma? ¿Está tan separada que no podría nacer algo bueno en su lugar? Además, ¿no ves que ya estás hablando de sexos diferentes, no de naturalezas? Porque si entre lo bueno y lo malo hubiera diversidad de naturalezas, no surgiría de ambos sino algo tercero, que no podría ser ni bueno ni malo: o ciertamente esa mezcla sería estéril, y no se generaría una tercera sustancia. Pues si de aquellos animales que mencioné antes, cuando se mezclan, no nace nada más que un mulo o mula, que no es ni uno ni otro; cuánto más debería haber sucedido así en una diversidad tan grande y suprema de lo bueno y lo malo. O si de su mezcla no surgiera una nueva naturaleza, no sería mala, aunque no pudiera ser buena. Por lo tanto, queda que no podemos evitar tales delirios increíbles, a menos que admitamos que ese consenso, que se sabe que es malo y culpable, no es una sustancia, sino que decimos que está en alguna sustancia.

CAPÍTULO XV.

Luego, investiguemos diligentemente en qué sustancia está. Aunque, ¿a quién no le es evidente que así como la persuasión no ocurre sino en el que persuade, así el consenso no está sino en la naturaleza que consiente? Por lo tanto, cuando el alma consiente al mal, ella misma es la sustancia, pero su consenso no es sustancia. Ya ves, creo, en qué sustancia está; es decir, ves claramente que este consenso está en el alma, un consenso que no dudas que es pecado, y por lo tanto es malo. De lo cual ya entiendes que es posible que en una buena sustancia, como es el alma, haya algún mal que no es sustancia, como es este consenso, por el cual el alma también se llama mala. Pues ciertamente es mala si peca: y peca cuando consiente al mal. Una y la misma cosa, es decir, el alma, en cuanto es sustancia, es buena; pero en cuanto tiene algo malo que no es sustancia, es decir, este consenso, en tanto es mala. Pues no tiene este consenso por progreso, sino por defecto. Porque falla cuando consiente al mal, y comienza a ser menos, y por lo tanto a valer menos de lo que valía cuando, sin consentir a nada, permanecía en virtud; tanto más deteriorada cuanto más se inclina de lo que es sumamente a lo que es menos, para que ella misma también sea menos. Cuanto menos es, tanto más se

acerca a la nada. Pues lo que se hace menos, tiende a no ser en absoluto: aunque no llegue a ser completamente nada, es evidente, sin embargo, que cualquier defecto es el comienzo de la destrucción. Abre, pues, ya los ojos del corazón, y contempla, si puedes, que cualquier sustancia es algo bueno; y por eso el mal es el defecto de la sustancia, porque es bueno ser sustancia. Sin embargo, no todo defecto es culpable, sino solo el voluntario, por el cual el alma racional se inclina hacia las cosas que están por debajo de ella, abandonando a su Creador, con afecto: esto es lo que se llama pecado. Los demás defectos que no son voluntarios, o son penales, para que los pecados sean castigados por la justicia suprema y ordenadora; o intervienen en las medidas de las cosas inferiores, para que las precedentes cedan a las sucesoras, y así toda belleza temporal se lleve a cabo en sus turnos y en su propio género. Pues así como el discurso se lleva a cabo como si las sílabas murieran y nacieran, que se extienden por ciertos intervalos de pausas, y llenos sus espacios, se retiran con la sucesión ordenada de las siguientes, hasta que todo el discurso se lleva a su fin; y no está en los sonidos que fluyen, sino en la moderación del hablante, cuánto se alarga o se acorta una sílaba, o con qué especie de letras cada momento de sus lugares se guarda; mientras que el arte mismo que hace el discurso, ni resuena con sonidos, ni se despliega y varía con los tiempos: así, con el nacimiento y ocaso, el retiro y sucesión de las cosas temporales, en ciertos y definidos tramos, hasta que regrese al término prescrito, se teje la belleza temporal. Que no es mala por eso, porque en las criaturas espirituales podemos entender y admirar cosas mejores: pero tiene su propio decoro en su género, e insinúa a los que viven bien la suma sabiduría de Dios, oculta en lo alto, por encima de todos los límites del tiempo, su creadora y moderadora.

CAPÍTULO XVI.

Vamos, ahora atiende a lo que decías que era malo, al que el alma consiente voluntariamente pecando, si es alguna sustancia, o si tampoco allí puedes acusar a la sustancia. Pues pregunto, ¿qué atrae el consenso del alma, o si irrumpe sin sentido, y por eso se dice que consiente, porque se mueve por algún deleite a disfrutar? Si es así, no se sigue que por eso se diga que es malo, porque no se ama correctamente. Pues si nuestro que algo se ama mal, donde no se culpa al amado, sino al amante; ciertamente admitirás que la apariencia de cualquier cosa no es inmediatamente viciosa, porque el consenso del deseoso se desliza viciosamente hacia ella. Lo cual, cuánto me ayuda, aparecerá después. Pero para mostrar lo que prometí, ¿qué elegiré, cuando la abundancia de cosas me rodea? ¿Qué, digo, elegiré, más que aquello que nosotros alabamos como criatura celestial, pero que vosotros adoráis como parte del mismo Creador? Pues, ¿qué hay más brillante entre todas las cosas visibles que este sol? Pero si alguien desea su luz de manera desmedida, inflige a sus ojos guerras de disputas, si obtiene algún poder con el que pueda cumplir lo que desea, observa las casas opuestas a sus ventanas abiertas, para que el sol inunde más libremente sus interiores con un cielo más abierto. ¿Acaso es culpa del sol, porque aquel amó tanto esta luz, que se atrevió a anteponerla a la luz de la justicia, y queriendo recibir más abundantemente la luz de los ojos carnales en la morada del cuerpo, cierra la puerta del corazón y la vista de la mente contra la luz de la equidad? Ves, entonces, que una cosa buena puede ser amada con un amor no bueno. Por lo tanto, cuando dices que el mal al que el alma consiente pecando; yo digo que es bueno en su género, pero un bien tal al que no conviene que el alma, que es mejor, consienta. Pues siendo ella superior al cuerpo, y teniendo a Dios como superior, aunque en su orden la naturaleza del cuerpo sea buena, el alma peca, y pecando se hace mala, si une el consenso del amor que debe al superior Dios, al inferior cuerpo.

CAPÍTULO XVII.

Pero si dices que no llamas culpable al consenso cuando se ama una cosa que no actúa para que se consienta en ella; sino que el alma consiente cuando aquel al que consiente persuade o fuerza algo; y por eso es malo, porque persuade o urge a que se cometa algo malo: es una segunda cuestión, y en su orden también debe ser tratada. Pero recordemos aquí el primer pecado, del cual se ha discutido suficientemente, creo: y ha quedado claro que es posible que una cosa en su género buena sea amada mal, y siendo culpado el amante, no se reprenda la cosa misma. Pues, ¿qué si ya con tal amor el alma pecadora y viciosa persuade a otro al mismo pecado, no es cierto que también aquella que consiente al que persuade, se depravará con tal vicio, con el mismo vicio con el que se depravó aquella a la que sigue? El primer pecado es, aunque sea una buena criatura, anteponerla al Creador en amor: el segundo, intentar que otro también lo haga, ya sea persuadiendo o forzando. Pues nadie quiere llevar a otro a la depravación, que no esté primero depravado él mismo. Pero pecan por voluntad, quienes desean llevar a otros al pecado, ya sea por benevolencia insensata, o por envidia maliciosa. Pues, ¿quién sino amando perversamente aconseja a sus hijos que no consideren ningún lucro deshonesto, sino que adquieran mucho dinero de donde sea? Ciertamente no los odia, y sin embargo persuade perniciosamente. Pues ya está él mismo corrompido por el amor de tales cosas, cuando el oro y la plata no son malos; así como aquel sol, del que hablamos antes; pero sin embargo, el amante desordenado de una cosa buena está en culpa. Pero la envidia, cuando alguien quiere que otro peque, ama el honor con una soberbia desmedida, y desea sobresalir en él, y adelantarse a los demás; el cual ve que se otorga más y más verdaderamente a las virtudes, para que no sea superado en él, desea que otros sean depuestos del arco de la equidad al abismo de la iniquidad. De esta manera el diablo intenta persuadir o forzar a pecar. Pero, ¿acaso el honor está en culpa, porque el diablo, amándolo perversamente e impiamente, se hizo impío? ¿O la misma sustancia angélica del diablo, que Dios creó, es mala porque es sustancia? Pero cuando, abandonando su amor, y volviéndose demasiado hacia sí mismo, desea parecer igual a él, fue derribado por el tumor de la soberbia. No es malo, entonces, en cuanto es sustancia, sino porque se hizo sustancia, en cuanto se amó a sí mismo más que a aquel por quien fue hecho, es malo; y por eso es malo, porque es menos de lo que sería si hubiera amado lo que es sumamente. El defecto, por lo tanto, es malo. Todo defecto, entonces, de lo que es, tiende a no ser: así como todo progreso de lo que es menos, tiende a ser más. Pues el honor supremo, tal como lo exhibe la piedad de los religiosos, ciertamente se debe a Dios. Quien ama el honor, imita a Dios. Pero las almas humildes quieren ser honradas en él; los soberbios, ante él. Pero los humildes hacia Dios, se vuelven más altos que los injustos; los soberbios contra Dios, se vuelven más bajos que los justos: por esa disposición de premios y castigos, porque aquellos amaron a Dios sobre sí mismos, aquellos amaron a sí mismos en lugar de Dios.

CAPÍTULO XVIII.

Ya, creo, es fácil para ti entender de las mismas palabras de tu carta, en las que dijiste que el alma, cuando consiente al mal, peca por voluntad, que no hay naturaleza mala, ni amor de naturaleza mala: sino que, siendo todas las naturalezas buenas en su género, el mal es el pecado que se comete por la voluntad del alma, cuando ama a la criatura en lugar del mismo Creador; ya sea por su propio impulso, cuando es mala; o por la persuasión de otro, cuando consiente al mal. Y sin embargo, así también se hace mala, con los castigos consecuentes, para que todo se disponga según los méritos por el Creador sumamente bueno en la criatura buena; pero no sumamente buena, porque no la engendró de sí mismo, sino que la hizo de la nada. Pero tú has establecido dos naturalezas, de las cuales quieres que una sea buena, la otra mala; o más bien una del bien, la otra del mal: pues la naturaleza mala también se hace mala pecando. Sin embargo, admites que esa naturaleza que dices que es buena, al consentir al

mal, actúa mal, es decir, peca por voluntad. Pero yo afirmo que ambas son buenas, pero una de ellas actúa mal persuadiendo, la otra actúa mal consintiendo. Así como el consenso de una no es naturaleza, así tampoco la persuasión de la otra: así como esta, si no consiente, permanecerá buena, guardando la integridad de su naturaleza; así aquella, si no persuade, será más enmendada. Si, sin embargo, también el pecado que no persuade, ni ella misma comete; ambas serán íntegras, y en su género loables. Y aunque aquella peca dos veces, que comete y persuade, y aquella una vez si solo consiente en hacer el mal; sin embargo, se hacen malas por los pecados, no son malas por naturaleza. O si por la persuasión esta naturaleza es mala, así también aquella por el consenso. Pero si te parece peor persuadir que consentir, que esta sea mala, aquella peor: sin embargo, no haya tal aceptación de personas, y no tan injusta gratificación en el juicio, que cuando ambas pecan, aunque una más gravemente, la otra más levemente, una se llame naturaleza del mal, la otra del bien: y no más bien ambas buenas, pero aquella mejor que peca menos; o ambas malas, pero aquella peor que peca más.

CAPÍTULO XIX.

Pero, ¿de dónde viene el mal hecho que se llama pecado, si no hay naturaleza mala? Dime de dónde viene ese consenso malo en esa naturaleza, que concedes y proclamas buena. Pues lo que sea que sufre, para consentir al mal, no lo sufriría, si no pudiera sufrirlo. Pregunto, entonces, de dónde tiene el poder de sufrir. Pues sería mejor si no lo tuviera. No, entonces, de la naturaleza del sumo bien, que podría ser algo mejor. Luego, si tiene en su poder consentir o no consentir, no consiente, entonces, vencida. Pregunto, por lo tanto, de dónde tiene ese consenso malo, sin que ninguna naturaleza contraria la obligue. Pero si se ve obligada a consentir, de modo que no está en su poder hacer de otra manera; no peca, entonces, como decías, por voluntad, cuando no consiente por voluntad. Pero yo todavía pregunto, de dónde en ella está el poder de ser engañada, si es engañada. Pues antes de ser engañada, a menos que estuviera en ella poder sufrir esto, nunca lo sufriría. Aunque de ninguna manera consiente sino por voluntad: pero si se ve obligada, más bien debe decirse que cede que consiente. Pero como sea que llames a esto, pregunto a ti, hombre agudo y perspicaz, y a tu ingenio romano, como te glorías, de dónde tiene esta naturaleza buena el poder de sufrir lo que sufre, para consentir al mal. Pues así como en la madera, antes de romperse, está la fragilidad, que si no estuviera, no podría romperse en absoluto; ni por eso no es frágil la madera, si no se acerca ningún rompedor: así pregunto en esta naturaleza, de dónde viene cierta fragilidad o flexibilidad, antes de que por consenso malo sea rota por la fuerza o doblada por la persuasión. O si por la vecindad del mal ya había fragilidad, como los cuerpos suelen corromperse por la exhalación de un pantano vecino; ya, entonces, era corruptible, si el contagio pestilente de esa vecindad podía corromperla. Pregunto, entonces, de dónde viene esa corruptibilidad.

Por favor, atiende a lo que digo y cede a la verdad evidente: no busco de dónde proviene la corrupción; responderás que de un corruptor, y afirmas que ese mismo corruptor es un príncipe desconocido de la gente de las tinieblas, de tal manera que incluso envuelto en fábulas apenas puede ser desentrañado y comprendido. Pero pregunto de dónde proviene la corruptibilidad, incluso antes de que el corruptor se acerque; porque si no existiera, o no existiría en absoluto, o la llegada de cualquier corruptor no haría daño alguno. Cuando encuentres de dónde proviene esa corruptibilidad en la buena naturaleza, antes de que sea corrompida por una naturaleza contraria; o si no quieres decir que se corrompe, de dónde proviene ciertamente esa mutabilidad, antes de que sea cambiada por la adversidad hostil: porque no se cambia la naturaleza a peor, que se vuelve de sabia a necia, y que se olvida de sí misma; tú mismo has usado estas palabras, diciendo: "Si cuando se conoce a sí misma,

consiente en el mal": por lo tanto, se cambia a peor cuando se olvida, de modo que se reconoce a sí misma nuevamente al ser recordada; pero de ninguna manera podría cambiarse, si antes de cambiar fuera inmutable: cuando encuentres de dónde proviene esa mutabilidad en la sustancia del sumo bien, antes de que hubiera alguna mezcla de bien y mal; ciertamente dejarás de preguntarme de dónde proviene el mal. Aunque en la naturaleza del sumo bien, si la consideras correctamente, no se encuentra ninguna mutabilidad del tiempo, ni por sí misma, ni por la llegada de cualquier otro, como en esa naturaleza que Maniqueo imagina, y considera sumamente buena, o incluso persuade a sus creyentes. Busca y responde, si puedes, de dónde proviene esa mutabilidad, que no fue encontrada, sino traicionada, cuando la demora se acercó. Porque no podría ser cambiada ni por el enemigo, si no pudiera ser cambiada en absoluto. Pero cuando pudo, demostró que no era inmutable. Por lo tanto, esta mutabilidad, cuando se cree que está en la sustancia del sumo bien, es decir, en la sustancia de Dios, si no eres contencioso, ves cuánta insensatez se blasfema. Pero cuando se dice algo así de la criatura, que Dios no engendró ni produjo de su sustancia, sino que hizo de la nada; no se trata del sumo bien, sino de un bien tal, que no podría ser instituido sino por el sumo, que es Dios. Dios, ciertamente sumamente bueno e inmutablemente, hizo todas las cosas no sumamente ni inmutablemente buenas, pero sin embargo buenas, desde los ángeles del cielo hasta las bestias más bajas y las hierbas de la tierra, todas ordenadas en lugares apropiados según la dignidad de su naturaleza. Sin embargo, en estas criaturas racionales, cuando se adhieren al creador, es decir, a su hacedor e institutor Dios, con la obediencia del amor, conservan su naturaleza en la eternidad, verdad y caridad de Él: pero cuando lo abandonan con desobediencia contumaz, se envuelven en pecados por su libre albedrío, pero por su justo juicio son afligidas miserablemente con castigo; y esto es todo el mal, en parte lo que hace injustamente, en parte lo que sufre justamente. Esto no me preguntes de dónde proviene, ya que tú mismo ya has respondido, quien dijiste que "cuando el alma se conoce a sí misma, si consiente en el mal, peca por su propia voluntad". He aquí de dónde proviene el mal, a saber, de la propia voluntad. Pero esto no es naturaleza, sino culpa; y por lo tanto también contrario a la naturaleza, a la cual ciertamente daña privándola del bien, con el cual podría ser bienaventurada si no hubiera querido pecar. No crees que esta voluntad de pecar se mueve en el alma, a menos que sea por otro mal que crees que es una naturaleza, que Dios no hizo, y afirmas que esa naturaleza del alma es la naturaleza de Dios: y por lo tanto esa naturaleza del mal, no sé cuál, si persuade al alma a pecar, Dios es arrojado al pecado vencido.

CAPÍTULO XX.

He aquí cuánta impiedad, con qué blasfemias nefarias y horrendas no quieres despojarte, poniendo en una naturaleza que Dios no hizo, vida, sentido, discurso, modo, especie, orden, y otros innumerables bienes; y poniendo en la misma naturaleza de Dios antes de cualquier mezcla de mal, esa misma mutabilidad por la cual podía ser capturada, y a la cual se veía obligada a temer, viendo una gran mancha y devastación amenazar sus siglos santos, a menos que opusiera algún numen excelente y poderoso en virtud (De la Epístola de Maniqueo, que llamaban Fundamento). ¿Y para qué todo esto, sino para que esa naturaleza y sustancia de Dios mantenga así al enemigo sujeto, de modo que pecando lo soporte y atado, y no escape completamente ya vencido purgado, y para que condenado lo mantenga encerrado? Verdaderamente habéis encontrado una excelente excusa de necesidad bélica en vuestro Dios, contra lo que se os propone, para que respondáis qué habría hecho la gente de las tinieblas a Dios, si no hubiera querido luchar con ella: si dijerais que le habría hecho algún daño, admitiréis que Dios es corruptible y violable; pero si dijerais que no podía hacerle daño, se os preguntará, ¿Por qué entonces luchó? ¿Por qué entregó su sustancia a los enemigos para ser

corrompida y violada y obligada a todos los pecados? Contra esta complejidad nunca habéis podido salir.

Os parece que habéis encontrado algo grande y seguro, al responder diciendo: "Es una gran iniquidad desear lo ajeno, a la cual Dios habría dado su consentimiento, si no hubiera querido expulsar a esa gente que se atrevió a hacerlo". Esta respuesta tendría algún color de justicia, si al menos en la misma guerra la naturaleza de vuestro Dios se hubiera mantenido íntegra e impoluta, y mezclada con los miembros hostiles no hubiera hecho ninguna iniquidad ni coaccionada ni seducida: pero como decís que consintió en tantos crímenes y atrocidades; como finalmente afirmáis que no puede ser purgada completamente de esa impiedad tan inmensa, que incluso fue enemiga de la luz santa, de la cual es parte, ¿por qué creéis que se le retribuyen justamente los eternos suplicios de ese horrible globo? ¿Cuánto más sensato habría sido dejar al enemigo en su iniquidad intentando en vano, que entregarle una parte de Dios, cuyas fuerzas absorbería, cuya belleza corrompida asociaría a su iniquidad, quién no lo ve? ¿Quién está tan ciego por la obstinación que no siente, no atiende, cuánta menor iniquidad habría sido que la gente de las tinieblas intentara en vano invadir una naturaleza ajena, que Dios entregara la suya para ser invadida y obligada a la iniquidad, y condenada en parte también al castigo? ¿Es esto finalmente no haber querido consentir en la iniquidad, y haber cometido una iniquidad tan grande sin ninguna necesidad? ¿O había necesidad, lo cual no le avergonzó decir a Maniqueo, y a vosotros os avergüenza? Porque él dijo que Dios vio una gran mancha y devastación amenazar sus siglos santos, a menos que opusiera algún numen excelente y poderoso en virtud. Pero vosotros razonáis más agudamente, como si dijerais que Dios luchó por esa necesidad, para que la gente de las tinieblas no le hiciera daño, diciendo que Dios es violable y corruptible, a quien algo podría dañar si no hubiera querido luchar. Por lo tanto, alejad y expulsad de vuestros corazones y de vuestra fe, incluso esa lucha; y toda esa fábula, tejida con el horror de blasfemias impías e inmundas, finalmente condenadla y anatematizadla. Porque, te lo ruego, ¿qué es esto, que, como se dijo antes, no teméis decir que esa naturaleza es violable y Dios corruptible; para que la naturaleza de vuestro Dios, si no pudo ejercer la fortaleza para no ser capturada, al menos no pudo mantener la justicia en cautiverio: lo que pudo Daniel, quien se atrevió a burlarse de los leones, quien no consintió en la iniquidad de aquellos por quienes fue llevado cautivo, ni en la condición de servidumbre corporal perdió la equidad y libertad de ánimo paciente y sabio (Dan. VI y XIV). Pero la naturaleza de Dios fue llevada cautiva, se hizo iniqua; no puede ser purgada completamente, se ve obligada al final a ser condenada. Si sabía desde la eternidad que este mal le sucedería, no se le debía ninguna divinidad: pero si, como dijiste, las tierras o regiones del reino de la luz y de la gente de las tinieblas, que Maniqueo narra prudentemente para ser ridiculizadas por los hombres, dijiste que son inenarrables, y que Cristo las llama derecha e izquierda; sabemos que Cristo llama derecha e izquierda, no como lugares corporales, sino como bienaventuranza y miseria de cada uno según su mérito. Pero vuestro pensamiento carnal, tan alejado de los lugares corporales, que decís que este sol visible, y por lo tanto corporal, que no puede ser contenido sino en un lugar corporal, es Dios y parte de Dios. Pero es necio tratar con vosotros sobre estas cosas: ¿qué podréis entender de lo incorpóreo, si aún no creéis que Dios es incorruptible?

CAPÍTULO XXI.

Pero, evidentemente, como buen amigo me reprochas amablemente, porque he dejado a los maniqueos y me he dirigido a los Libros de los judíos. Son ellos los que sofocan vuestro error y engaño: en ellos se profetizó a Cristo, tal como la verdad de Dios lo reveló, no como la vanidad de Maniqueo lo inventó. Pero, hombre muy urbano, criticas la antigua Escritura, porque está escrito en el profeta: "Y engendra hijos de fornicación, porque la tierra fornicará

del Señor" (Oseas I, 2); cuando escuchas en el Evangelio: "Las prostitutas y los publicanos os precederán en el reino de los cielos" (Mateo XXI, 31). Sé de dónde viene tu indignación: no te desagrade tanto la fornicaria en su fornicación, como que se haya convertido en matrimonio, y se haya transformado en la castidad conyugal; donde creéis que vuestro Dios está más atado en los vínculos de la carne al procrear hijos: a quienes creéis que las prostitutas perdonan, porque se esfuerzan por no concebir, para que, libres del deber de parir, sirvan a la lujuria. Pues el embarazo de las mujeres es para vosotros una cárcel y un vínculo de Dios. De ahí que también te desagrade aquello de "Serán dos en una sola carne"; cuando el Apóstol recomienda este gran misterio en Cristo y la Iglesia santa (Gén. II, 24, y Efes. V, 31, 32). De ahí que te desagrade, "Creced y multiplicaos" (Gén. I, 28); para que no se multipliquen las prisiones de vuestro Dios. Pero confieso que en la Iglesia católica he aprendido, así como el alma, también el cuerpo, de los cuales uno está dotado, el otro está sometido; así el bien del alma y los bienes del cuerpo, no son sino del sumo bien, de quien son todos los bienes, ya sean grandes o pequeños; ya sean celestiales o terrenales; ya sean espirituales o corporales; ya sean temporales o eternos: y no por eso deben ser estos despreciados, porque aquellos deben ser preferidos.

CAPÍTULO XXII.

Lo que pones entre las cosas que deben ser censuradas, "Mata y come" (Hechos X, 13); también está puesto espiritualmente en los Hechos de los Apóstoles. Sin embargo, incluso corporalmente, no es el alimento lo que se censura, sino el lujo: especialmente para vosotros, incluso tomada carnalmente esta sentencia debería haber complacido, para que mataseis las carnes, y así, rotas las cárceles, vuestro dios miserable escapara de la custodia, y si quedaban restos de él allí, al comerlos se purgaran en la oficina del estómago. Te burlas de que me doliera la esterilidad de Sara. No, ciertamente no me dolió, porque también fue profética. Pero a vuestros sacrilegios fabulosos les conviene dolerse no de la esterilidad de Sara, sino de su fecundidad; porque toda fecundidad de mujer es una dura calamidad de Dios: de donde no es de extrañar que en vosotros se cumpla especialmente lo que se predijo de tales, "Prohibiendo casarse" (I Tim. IV, 3). Pues no detestáis tanto el concubinato, como el matrimonio: porque en ellos el concubinato es por causa de la procreación, no un vicio, sino un deber: del cual está libre la continencia de hombres y mujeres santas; no porque hayan evitado eso como un mal, sino porque eligieron algo mejor. Aunque el mismo deber conyugal de los padres y madres, como Abraham y Sara, no debe ser considerado desde la sociedad humana, sino desde la dispensación divina. Pues porque Cristo debía venir en la carne, el matrimonio de Sara sirvió a la propagación de esa carne, a la cual la virginidad de María.

CAPÍTULO XXIII.

De donde también aquello que mencionaste con ignorancia laudable burlándote, "Pon tu mano bajo mi muslo", dijo Abraham a su siervo, pidiendo la fidelidad del juramento. "Pon", dijo, "tu mano bajo mi muslo, y jura por el Dios del cielo" (Gén. XXIV, 2, 3). El siervo obedeciendo juraba: pero Abraham mandando profetizaba, que el Dios del cielo vendría en esa carne que sería propagada de ese muslo. Vosotros despreciáis esto, lo detestáis, lo abomináis, hombres castos y puros: que al Hijo de Dios, a quien ningún contacto de carne podría cambiar, teméis un solo útero de virgen; y la naturaleza del Dios vivo, cambiada y contaminada, la implicáis en los úteros de todas las mujeres, no solo de los hombres, sino también de las bestias: y por lo tanto, quienes teméis un solo muslo del Patriarca, ¿qué muslos, no digo de los Profetas, sino de cualquier prostituta encontráis, donde no debáis jurar por vuestro dios tan torpemente encadenado? a menos que tal vez no os avergüence tocar castamente un miembro del cuerpo humano, sino jurar por Dios tan torpemente atado. Con

tanta deformidad, con el nombre de pancarpos, que en los juegos de entretenimiento suele ser comido, debido a todos los tipos de bestias que había, ridiculizáis el arca de Noé (Gén. VII), que figuraba la futura Iglesia de todas las naciones a través de todo tipo de animales. Donde te felicito por haber puesto un término adecuado, ya sea sin darte cuenta o por ignorancia: porque *πάγκαρπος* significa todo fruto, lo cual es espiritualmente verdadero en la Iglesia: y no te das cuenta, Noé con los suyos entre esas fieras, donde entró ileso, de donde salió ileso, cuán más feliz fue que vuestro dios, quien fue desgarrado y devorado por la ferocidad animal de la gente de las tinieblas. Por lo tanto, él no se convirtió en pancarpos, sino que claramente se convirtió en compartus, quien fue desgarrado por toda la ferocidad. Te burlas de la lucha de Jacob con el ángel (Gén. XXXII, 24, 25), donde se figuró proféticamente la futura lucha del pueblo de Israel con la carne de Cristo. Pero como sea que lo entiendas, cuánto mejor sería que vuestro dios luchara con un hombre, que ser desgarrado y capturado por la gente de los demonios. Falsamente acusas a Abraham de haber vendido la castidad de su esposa: donde no mintió al decir que era su hermana, sino que con cautela humana ocultó que era su esposa (Gén. XII y XX), confiando a su Dios la conservación de su castidad; quien si no hiciera lo que pudiera hacer, no se consideraría que confía en Dios, sino que lo pone a prueba. Sin embargo, no consideras a vuestro dios, quien no vendió a su esposa, sino que entregó sus miembros a los enemigos para ser contaminados, corrompidos, deshonrados, no los vendió, sino que los dio gratis. A quien, si pudiera, ciertamente desearíais que regresara tan intacto de sus enemigos como Sara fue devuelta intacta a su esposo.

CAPÍTULO XXIV.

Alabas mis costumbres y estudios de antaño, y preguntas quién me ha cambiado repentinamente. Luego, aludiendo, mencionas al antiguo enemigo de todos los fieles y santos, y del mismo Señor Jesucristo, a quien quieres que se entienda como el diablo. ¿Qué te responderé sobre mi cambio, sino que si no creyera que se hizo de manera correcta, no habría, ciertamente, dejado vuestro error detestado y condenado, y me habría dirigido a la Iglesia católica y a la fe? Lo cual, si hice bien, es decir, si fui cambiado de mal a bien, tú mismo resuelves la cuestión en la misma palabra que usaste para mi cambio. Porque mi alma, si (como decís) fuera la naturaleza de Dios; ya sea para mejor, como confío; ya sea para peor, como acusas, no podría cambiarse en absoluto: ni por sí misma, ni por el impulso de cualquier otro. Por lo tanto, cuando dejé ese error, y elegí esa fe, donde se cree piadosamente que la naturaleza de Dios es absolutamente inmutable, para que se entienda sabiamente; no desagrada mi cambio, sino a quienes desagrada el Dios inmutable. Pero el diablo es el adversario de los santos, no porque surja como enemigo desde un principio contrario de otra naturaleza, sino porque envidia el honor celestial de ellos, del cual él mismo fue expulsado. Cambiado él mismo, intenta cambiar a otros. Porque como vosotros describís con la prolijidad de esa fábula persa, si no cambia a otros, ciertamente es mayor y vencedor: pero si, como afirmáis, de la luz santa; no es enemigo de Dios, sino amigo, y mejor que aquellos a quienes engaña, quienes los hace enemigos de la luz santa, de la cual él es amigo. Por eso dice Maniqueo, que las almas serán condenadas al eterno suplicio en ese horrible globo, porque "se permitieron errar de su naturaleza luminosa original, y entonces se hicieron enemigas de la luz"; mientras que él sostiene que la misma mente de la gente de las tinieblas, ardiente de amor por retener la luz en sí misma, crea los cuerpos de los animales. Por lo tanto, cuida de liberarte de estos vanísimos y sacrílegos inventos, cambiando para mejor con la ayuda de aquel que no se cambia ni para mejor ni para peor.

CAPÍTULO XXV.

Evasimus, dices, porque hemos seguido al Salvador espiritual. Pues su audacia fue tal, que si nuestro Señor hubiera sido carnal, toda nuestra esperanza habría sido truncada. Si dices esto porque no crees que Cristo tuvo carne, no deberías poner tu esperanza en Maniqueo, a quien concedéis haber tenido carne como los demás hombres, al ser procreado de varón y mujer. ¿Por qué, entonces, ponéis tanta esperanza en él? Pues en esta misma carta tuya, cuando me amenazabas, dijiste: ¿Quién será tu defensor ante el justo tribunal del Juez, cuando comiences a ser condenado con tu propio testimonio por tus palabras y obras? El persa a quien acusaste no estará presente. Excepto él, ¿quién te consolará llorando? ¿Quién salvará al púnico? Dijiste, por tanto, que no puede haber consolador ni salvador, excepto Maniqueo. ¿Cómo, entonces, cuando hablabas de las pasiones de Cristo, dijiste que habéis escapado porque seguisteis al Salvador espiritual, para que el enemigo no pudiera matarlo estando en la carne? Entonces, si el enemigo mató a vuestro Maniqueo, en quien encontró carne, ¿cómo podría ser vuestro salvador? Y ¿cómo dices, Excepto él, ¿quién te consolará llorando? ¿Quién salvará al púnico? Ves lo que es en la herejía y doctrinas de demonios, en la hipocresía de los mentirosos (I Tim. IV, 1, 2). Quieres que Maniqueo sea veraz sobre Cristo, para que si Cristo, al mostrar carne, muerte, resurrección, y finalmente los lugares de las heridas y clavos que mostró a los discípulos dudosos (Juan XX, 20), hizo todo esto falsamente y engañosamente, entonces Maniqueo haya dicho la verdad sobre Cristo: pero si Cristo mostró carne verdadera, y por tanto muerte verdadera, resurrección verdadera, cicatrices verdaderas, entonces Maniqueo mintió sobre Cristo. Y por tanto, la diferencia en este asunto entre tú y yo es que tú elegiste creer que Maniqueo es veraz, creyendo que Cristo es engañoso; pero yo prefiero que Maniqueo, como en otras cosas, así también sobre Cristo, mienta, antes que Cristo sobre cualquier cosa (cuánto más sobre aquella en la que puso la esperanza de los creyentes, es decir, sobre su pasión y resurrección). Pues quien dice, Cuando Cristo, después de lo que se pensó que era su muerte, apareció a los discípulos dudosos, y ellos pensaron que veían un espíritu; cuando dijo: Tocad mis manos y mis pies; y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo (Luc. XXIV, 39); cuando a uno de ellos que no creía, dijo: Mete tus dedos en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel (Juan XX, 27): todo esto no lo mostraba verdaderamente, sino falsamente: quien dice esto, digo, no es un predicador, sino un acusador de Cristo. Pero, dices, Maniqueo predica a Cristo, y se dice su apóstol. Por esto mismo debe ser detestado y evitado. Pues si dijera esto acusando, al menos se jactaría de ser amante de la verdad al argumentar la falsedad de otro: pero ahora, sin saberlo y sin precaución, se delata a sí mismo, y demuestra suficientemente a los que observan atentamente, qué hace él, qué ama, alabando y predicando al mentiroso. Huye, pues, amigo, de tal peste, no sea que Maniqueo quiera hacerte fiel engañándote, lo cual no puede ser: como quiere parecer que Cristo hizo a aquel discípulo a quien dijo, Mete tus dedos en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel. Pues como la dulcísima verdad lo entiende, ¿qué otra cosa dijo Cristo al discípulo, sino, Toca lo que llevo, toca lo que hice, toca la carne verdadera, toca las verdaderas huellas de las heridas, toca los verdaderos lugares de los clavos, y creyendo en lo verdadero no seas incrédulo, sino fiel? Pero como la sacrílega vanidad de Maniqueo lo entiende, ¿qué otra cosa dijo Cristo al discípulo, sino, Toca lo que simulo, toca lo que engaño; sino, Toca la carne falsa, toca los falsos lugares engañosos de las heridas, y no seas incrédulo con mis miembros mentirosos, para que creyendo en lo falso puedas ser fiel. Tales fieles tiene Maniqueo, toda doctrina de demonios mentirosos.

CAPÍTULO XXVI.

Huye de esto, te lo ruego, no te engañe la apariencia de escasez, porque el mismo Señor dijo que el camino estrecho es de pocos (Mat. VII, 14). Quieres estar entre pocos, pero los peores. Pues es verdad que pocos son de todo modo inocentes, pero entre los mismos malhechores

son menos los homicidas que los ladrones, menos los incestuosos que los adúlteros: finalmente, incluso las mismas fábulas o historias de los antiguos tienen menos Medeas y Fedras, que mujeres de otros crímenes y escándalos; menos Ochos y Busiris, que hombres de otras impiedades y crímenes. Mira, pues, no sea que entre vosotros el excesivo horror de la impiedad haga el mérito de la escasez. Pues allí se leen, se dicen, se creen tales cosas, que es más de admirar que algunos, más que pocos, caigan en ese error o permanezcan allí. Pero la escasez de los santos, cuyo camino es estrecho, se pone en comparación con la multitud de pecadores: la cual escasez, aunque está oculta en un número mucho mayor de paja; sin embargo, en la misma era de la Iglesia católica debe ser ahora reunida y trillada, y al final aventada y purificada (Id. III, 12): a la cual debes dirigirte, si deseas ser fiel de manera fiel, no sea que creyendo en lo falso, como está escrito, alimentes vientos (Oseas XII, 1), es decir, te conviertas en alimento para espíritus inmundos. Pues si el apóstol Pablo, a quien mencionas, no consideró las escrituras de los sabios del Antiguo Testamento y toda aquella disposición profética de palabras y hechos, sino la excelencia carnal de la descendencia judía, y por las sinagogas de la nación paterna errantes y no reconociendo a Cristo, el celo de perseguir a los cristianos, con el cual se encendían como si fuera loable, y la justicia que es de la Ley, en la cual los judíos, no entendiendo allí la gracia de Dios, se glorían con soberbia, como pérdidas y estiercol para ganar a Cristo (Filip. III, 8, 9): cuánto más debes tú rechazar como estiercol, no como veneno, esas escrituras llenas de blasfemias nefandas, donde la naturaleza de la verdad, la naturaleza del sumo bien, la naturaleza de Dios tantas veces mutable, tantas veces vencida, tantas veces corrompida, y en parte inexplicablemente contaminada y al final condenada por la misma verdad, se describe, y pasar a la Iglesia católica, que como fue profetizada mucho antes, así en su tiempo fue revelada, terminada la contienda.

Te hablo esto porque tu mente no es la naturaleza del mal, que no existe en absoluto; ni la naturaleza de Dios, de lo contrario hablaría en vano a lo inmutable: sino porque ha sido cambiada al abandonar a Dios, y ese cambio suyo es el mal; que se cambie volviendo al bien inmutable, con la ayuda del mismo bien inmutable; y tal cambio suyo será liberación del mal. Si desprecias esta advertencia, creyendo aún que hay dos naturalezas, una mutable del bien, que al mezclarse con el mal pudo consentir a la injusticia, otra inmutable del mal, que ni mezclada con el bien pudo consentir a la justicia, repites aquella vergonzosa fábula sembrando execrables y torpes blasfemias en la fornicación de oídos que pican, para que estés en el rebaño de aquellos de quienes se predijo que vendrá un tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que, según sus propios deseos, se amontonarán maestros que les hagan cosquillas en los oídos, y apartarán su oído de la verdad, y se volverán a las fábulas (II Tim. IV, 3, 4). Pero si aceptas prudentemente esta advertencia, convertido al Dios inmutable, con un cambio loable serás de aquellos de quienes dice el Apóstol: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8). Lo cual no podría decirse de la naturaleza de Dios, porque nunca fue mala y digna de este nombre de tinieblas; ni de la naturaleza del mal, que si existiera, nunca podría cambiar, ni convertirse en luz: sino que esto se dijo correctamente y verdaderamente a la naturaleza que no es inmutable, sino que al abandonar la luz inmutable, por la cual fue hecha, se oscurece en sí misma; pero al volverse a ella se convierte en luz, no en sí misma, sino en el Señor. Pues no de sí misma, ya que no es la luz verdadera, sino que iluminada brilla, por aquel de quien se dijo: Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9). Cree esto, entiende esto, mantén esto, si quieres ser bueno por la participación del bien inmutable, lo cual no puedes ser por ti mismo: lo cual ni perderías, si inmutablemente lo fueras; ni podrías recibir, si inmutablemente no lo fueras.